



C O L U M N A

Pérdidas en silencio

Silent losses

Perdas em silêncio

<https://doi.org/10.46856/grp.22.ept103>

Date received: October 10 / 2021
Date acceptance: November 5 / 2021
Date published: December 4/ 2021

Cite as: Palacios A. Pérdidas en silencio [Internet].
Global Rheumatology. Vol 2 / Jul - Dic [2021].
Available from:
<https://doi.org/10.46856/grp.22.e103>



COLUMNA

Pérdidas en silencio

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Las fronteras se están cerrando pero el virus encontrará vertientes para hacer nuestra existencia más sigilosa. "

Las fronteras se están cerrando pero el virus encontrará vertientes para hacer nuestra existencia más sigilosa.

-Y no soy su dueño, ni puede ser mía del todo, por más venturoso que sea mi deseo – me dijo, con un cierto cinismo, que disfrazaba su melancolía.

Se arrellanó en el sofá roído del cabaret que frecuentábamos y sentenció enseguida:

-En ella se condensan de manera inusual las imágenes oníricas de mis padres. En efecto, esa gallardía intelectual que de niño me resultaba tan insondable y la ternura esquiva de mi vieja que he rastreado toda mi vida.

La música del entorno me pareció estridente, así que insistí al mesero que bajara el volumen. De paso, pedí otros dos mezcales y la botana de la casa. Mi contertulio había estado intubado veintitrés días. Su voz era un susurro ronco debido a la traqueomalacia. Lloraba.

Hay reclamos que entre amigos son innecesarios pero le pedí con discreción que ahora sí se vacunara. Me solicitó que recapitulara qué fue del mundo allá afuera mientras estuvo en coma inducido y traté de ser cándido. Algunos de nuestros conocidos no vieron la luz; sobre todo quienes habían tomado la vida a la ligera, comiendo y bebiendo hasta la diabetes.

-Dime – me rogó. – ¿A quién perdimos?

Habíamos sido compañeros en el Patria allá por los sesentas. Éramos una cuadrilla inseparable. Nos tuteábamos por apellidos, a fuerza de esa intimidad que da la costumbre de escuchar el paso de lista cada mañana. Crespo era el mayor por algunos meses. Imberbe y brillante, durante varios años ejerció el liderazgo tácito del grupo.

Gozamos muchas veces sus disertaciones, tanto como increpaba a los maestros e ironizaba a nuestros rivales. No era particularmente hábil para los deportes, pero a nadie le molestaba su presencia desde las gradas o la banca, porque nos dotaba de un aire de seguridad que era muy bienvenido. Sin embargo, cuando empezamos a cortejar a las chicas del Vallarta o del Regina, se replegó y nos dejó a nuestra suerte.

Con el paso del tiempo descubrimos que su ostracismo no era traición, sino elección de género. Su actitud se hizo más frívola y empezó a frecuentar bares en el Centro cuya reputación nos excedía. Entendimos, pese a nuestro candor, que Crespo seguiría siendo nuestro hermano, pero su intimidad era distinta y, desde luego, respetable.

Durante años nos vimos en cumpleaños y aniversarios de bodas, festejamos el nacimiento de los hijos, acaso los bautizos y alguna fiesta infantil de los ahijados. El buen Crespo siempre era convidado y acudía solo, o con su hermana Rebeca, fiel compañera solterona. Vestía con elegancia, incluso cuando traía vaqueros o zapatos deportivos; impecable, blandiendo esa sonrisa burlona que lo caracterizó desde niño. Como si el mundo y lo trivial le pasaran por encima.

La pandemia de covid-19 cambió todo radicalmente. En junio perdimos a tres de los abuelos y al padre de Ricalde, con quien jugábamos dominó una vez al mes. La madre y la cuñada de Luis Miranda cayeron al Centro Banamex hacia el final del verano y solo las salvó esa atención prodigiosa de médicos y enfermeras jóvenes que trabajaban sin descanso. Como buenas camaradas, nos turnábamos para las visitas, es decir, para acudir a los partes cotidianos, porque no las vimos en dos meses. Crespo se notaba cansado, pero nos relevaba sin chistar.

Un buen día, cerca de Navidad, nos enteramos que estaba febril y tosiendo en salvas, que se ahogaba. Ricalde y yo acudimos a su casa ese mismo día pero llegamos tarde. Un par de amigos, que por cierto no conocíamos, lo habían trasladado a un hospital covid-19 mediante influencias de un empresario con quien había laborado en sus años mozos. Todo tan enigmático, tan propio de nuestro amigo esquivo.

Gradualmente nos enteramos que su delgadez era producto del SIDA, padecimiento que arrastraba en la última década y que, por su tozudez, había tratado con descuido.

Su condición era crítica y se hablaba con petulancia de una tormenta de citocinas.

Ahí, en la calle frente al hospital, nos presentaron por fin a su pareja, un hombre encantador, que escribía poesía y que había compartido la vida en reclusión con nuestro amigo. Nos conmovió atestiguar que vestía con la misma pulcritud que Crespo y que desplegaba una aguda inteligencia; así entendimos que su círculo social era tanpreciado, que nuestra llaneza lo hubiese desacreditado. Nos miramos con cierta vergüenza, percatados de que habíamos prescindido de aquella opulencia intelectual mientras criábamos hijos y formábamos hogares a espaldas de otra realidad.

Su deceso fue tan inesperado como devastador. Nunca imaginamos que fuese el más débil de los cinco. Dado que Iturriarte seguía hospitalizado, los otros tres acudimos al sepelio como extraños, cofrades distantes en el tiempo y la cultura. Entonaron música de Queen, de George Michael (con sendos lagrimones de por medio), de Juan Gabriel y de Spandau Ballet entre regocijo y duelo. A mí me conmovió una pareja de mujeres más bien toscas – una con rastas, su compañera vestida de chistera – que repartían caballitos de tequila y aguas frescas. Ambas con los ojos hinchados de llanto, con la voz quebrada cada vez que ofrecían sus charolas a la concurrencia.

En el fondo había una linda foto de Crespo con su pareja, Juan, besándose ante el Duomo de Florencia, las puertas de Ghiberti como marco. Alguien nos comentó que se habían casado en España, antes de que se autorizaran los matrimonios gays en Latinoamérica, y que esa imagen mostraba su felicidad durante la luna de miel como ninguna otra.

Esa noche no pude dormir. Al volver del velorio, besé a mis hijos, me asomé a constatar que Natalia dormía plácidamente y bajé a servirme un Laphroaig con soda en medio de la sala a oscuras.

Pensé mucho en quienes fuimos y nuestros orígenes dispares. En la inutilidad de los valores cristianos que nos inculcaron, en la fuerza del amor y la tristeza. Recordé aquellas tardes en que estudiábamos con ahínco para ganar los concursos de matemáticas o de historia, en los interminables ensayos para aprender poemas larguísimos y ser a la sazón los elegidos para declamar ante la escuela. Sollocé en silencio y dejé caer el licor como un bálsamo para curar todas mis ausencias.

Hoy, ante mi amigo Fernando (con la edad hemos recuperado los nombres de pila), admito que nos enfrentaremos a otras oleadas del maldito coronavirus, sin duda. Ahora mismo nuestros temores están de nuevo al alza con esa variante tan versátil (hablando infectológicamente) que surgió en Botswana o Sudáfrica y ya adquirió potestad de letra griega, Ómicron.

Las fronteras se están cerrando pero el virus encontrará vertientes para hacer nuestra existencia más sigilosa.

Acaso, pese a todos sus embates, nos cuidaremos como niños desamparados, aprenderemos a portar los tapabocas de distintos modelos como una prenda más de vestir en público, buscaremos reuniones al aire libre y titubharemos como leprosos en territorios nuevos.

Siento, no obstante, que valoraremos con más cuidado los afectos, que trataremos de saldar las cuitas y las afrentas pasadas. Que muchos de nosotros, arrojados los prejuicios al bote de basura, nos acercaremos a quienes piensan o visten distinto, otros credos y otras razas, como corresponde a la humildad de los mortales.

COLUMNS

Silent losses

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Borders are being shut down, but the virus will find ways to make our existence stealthier."

Borders are being shut down, but the virus will find ways to make our existence stealthier.

- And I am not her owner, nor can she be completely mine, however good my wish may be

- he cynically told me, disguising his melancholy

He leaned back on the worn-down sofa of the cabaret we frequented and immediately said:

- The dreamlike images of my parents are condensed in her in an unusual way. That intellectual bravery unfathomable to me as a child and the elusive tenderness of my mom that I have traced all my life.

I found the music around too loud, so I insisted to the waiter to lower the volume, and order two more mezcals and the house snack. My companion had been intubated for twenty-three days. His voice was a hoarse whisper. He was crying.

Some quarrels are unnecessary between friends, but I kindly asked him to get vaccinated now. He asked me to recap what had happened in the world outside while he was in an induced coma, and I tried to be candid. Some of our acquaintances did not see the light, especially those who had taken life lightly, eating and drinking themselves to diabetes.

- Tell me -he begged- Who did we lose?

We had been schoolmates at the Patria, back in the 1960's. We were an inseparable group. We called each other by our last names, as we were used to listen the roll call every morning. Crespo was a few months older than the rest of us. Breadless and brilliant for several years he exercised the tacit leadership of the group.

We often enjoyed his dissertations, as much as he would challenge the teachers and ironize our rivals. He was not particularly skilled at sports, but no one minded his presence from the bench or the stands, because he gave us some kind of confidence that was very welcome. However, once we began to court the girls from the Vallarta or the Regina, he withdrew and left us to our fate.

As time went by, we discovered that her ostracism was not betrayal, but a choice of gender. His attitude became frivolous, and he became to frequent bars of ill-repute in the city center. We understood, despite our candor, that Crespo would remain our brother, but his intimacy was different and, of course, respectable.

During many years we saw each other on birthdays and wedding anniversaries, we celebrated the birth of our children, as well as baptisms and the occasional children's party for our godchildren. The good Crespo was always invited and would attend alone, or with his sister Rebeca, a faithful spinster companion.

He had an impeccable dress sense, even when he wore jeans or sneakers. Always impeccable with that characteristic mocking smile he had had since he was a child. As if the world and the trivial were passing him by.

Covid-19 pandemic radically changed it all. In June, we lost three of our grandparents and Ricalde's father, with whom we used to play dominoes once a month. Luis Miranda's mother and sister-in-law fell ill by the end of the summer, and were taken to Centro Banamex, where were saved thanks to the prodigious care of the young doctors and nurses who were working tirelessly. As the good friends we are, we took turns to visit, that is, to go to the daily reports, because we did not see them for two months. Crespo was tired, but he relieved us without complaining.

One day, near Christmas, we found out that he had a fever and was coughing heavily, feeling out of breath. Ricalde and I went to his place that same day, but we were late. A couple of friends, whom by the way we did not know, had took him to a covid-19 hospital thanks to the influence of a businessman with whom he had worked in his younger years. All so enigmatic, so typical of our elusive friend.

Later, we found out that his thinness was the result of AIDS, a condition he had been suffering from for the last decade and which, due to his stubbornness, he had treated carelessly. His condition was critical and there was smug talk of a cytokine storm.

There, on the street in front of the hospital, we were finally introduced to his partner, a lovely man who wrote poetry and who had shared his life in seclusion with our friend. We were moved to realize that he dressed impeccable as Crespo and had a sharp intelligence; thus, we understood that his social circle was so special, that our simplicity would have discredited him. We look at each other with some embarrassment realizing that we had ignored that intellectual opulence while we were raising children and creating a family behind the back of another reality.

His death was as unexpected as it was devastating. We never imagined that he was the weaker of us. Since Iturriarte was still hospitalized, the other three attended the funeral as strangers, distant brothers in time and culture. They sang music of Queen, George Michael (with tears in between), Juan Gabriel and Spandau Ballet between rejoicing and mourning. I was moved by a couple of rather rugged women – one of them had dreadlocks and her companion was wearing a top hat – handing out shots of tequila and “aguas frescas”. Both with swollen eyes from crying, their voices breaking each time they offered their trays to the crowd.

At the back there was a beautiful picture of Crespo with his partner, Juan, kissing in front of the Duomo in Florence, the Ghiberti doors as a frame. Someone told us that they had married in Spain, before gay marriages were authorized in Latin America, and that this picture showed their happiness during their honeymoon like no other.

I could not sleep that night. When I went back home from the visitation, I kissed my children, looked out to see that Natalia was sleeping peacefully, and went downstairs to pour myself a Laphoraig with soda in the middle of the darkened room.

I thought a lot about who we were and our different origins. On the uselessness of the Christian values we were taught, on the power of love and sadness. I remembered those afternoons when we studied hard to win math or history contests, the endless rehearsals learning long poems and then being the ones chosen to recite before the school. I sobbed silently and drank the liquor as a balm to cure all my absences.

Today, with my friend Fernando (with age we regained our first names), I admit that we will undoubtedly face other waves of coronavirus. Right now, our fears are rising with the versatile variant (in terms of infection) that started in Botswana or South Africa called Omicron after the Greek letter. Borders are being shut down, but the virus will find ways to make our existence stealthier.

Perhaps, in spite of its effects, we will take care of ourselves like helpless children, we will learn to wear masks in public just as another item of clothing, we will look for open-air meetings and we will hesitate like lepers in new territories.

I feel, however, that we will not take for granted our loved ones, we will try to settle past grievances and offenses. That many of us, prejudices thrown into the trash, will approach those who think or dress differently, other faiths and other races, as it should be for us, humble mortals.

COLUNA

Perdas em silêncio

Alberto Palacios

IIJefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"As fronteiras estão fechando-se, mas o vírus encontrará maneiras de tornar a nossa existência mais furtiva."

-E eu não sou o seu dono, nem pode ser minha totalmente, por mais feliz que seja o meu desejo-disse-me ele, com certo cinismo, disfarçando a melancolia.

Ele se acomodou no sofá roído do cabaré que frequentávamos e imediatamente declarou:

-Nele as imagens dos sonhos dos meus pais se condensam de uma forma inusitada. Na verdade, aquela bravura intelectual que quando criança era tão insondável para mim e a ternura esquiva da minha velha que eu tenho procurado a minha vida toda.

Achei a música ao redor alta, então insisti para que o garçom abaixasse o volume. A propósito, pedi mais dois mezcals e o lanche da casa. O meu parceiro estava entubado há 23 dias. A sua voz era um sussurro rouco de traqueomalácia. Eu chorava.

Há reclamações entre amigos desnecessárias, mas pedi a ele com discrição que agora ele deveria ser vacinado. Ele me pediu para recapitular o que aconteceu com o mundo lá fora enquanto ele estava em coma induzido e eu tentei ser franco. Alguns dos nossos conhecidos não viram a luz; especialmente aqueles que levavam a vida com leviandade, comendo e bebendo até a diabetes.

-Diga-me- ele me implorou. - Quem perdemos?

Éramos parceiros no Pátria na década dos sessenta. Éramos uma gangue inseparável. Chamávamo-nos pelo sobrenome, pela intimidade que nos dá o hábito de ouvir a lista de chamada todas as manhãs. O Crespo foi o mais velho por alguns meses. Imberbe e brilhante, por vários anos exerceu a liderança tácita do grupo.

Gostamos muito das suas palestras muitas vezes, tanto quanto ele repreendia aos professores e era irônico com os nossos rivais. Não era adepto dos esportes, mas ninguém se incomodou com a sua presença nas arquibancadas ou no banco, pois nos deu um ar de segurança muito bem-vindo. Porém, quando começamos a cortejar às meninas de Vallarta ou de Regina, ele recuou e nos deixou por conta própria.

Com o passar do tempo, descobrimos que o seu ostracismo não era traição, mas escolha de gênero. A sua atitude foi ficando mais frívola e ele começou a frequentar bares do Centro cuja reputação nos ultrapassava. Compreendemos, apesar da nossa franqueza, que o Crespo continuaria sendo o nosso irmão, mas a sua privacidade era diferente e, claro, respeitável.

Durante anos nos vimos nos aniversários e casamentos, celebramos o nascimento dos filhos, talvez os batismos e algumas festas infantis dos afilhados. O bom Crespo era sempre convidado e vinha sozinho, ou com a irmã Rebeca, fiel companheira solteirona.

Ele se vestia com elegância, mesmo quando usava jeans ou tênis; impecável, exibindo aquele sorriso zombeteiro que o caracterizou desde criança. Como se o mundo e o trivial passassem por cima dele.

A pandemia do covid-19 mudou tudo radicalmente. Em junho perdemos três dos nossos avós e o pai de Ricalde, com quem jogávamos dominó uma vez por mês. A mãe e a cunhada do Luis Miranda caíram no Banamex Center no final do verão e só foram salvas pela atenção prodigiosa de jovens médicos e enfermeiras que trabalharam incansavelmente. Como bons camaradas, revezamo-nos nas visitas, isto é, nas festas do quotidiano, porque não os víamos há dois meses. O Crespo parecia cansado, mas nos substituiu sem questionar.

Um belo dia, por volta do Natal, descobrimos que ele estava com febre e tosse, que estava sufocando. O Ricalde e eu fomos à casa dele naquele mesmo dia, mas estávamos atrasados. Um casal de amigos, que por sinal não sabíamos, o transferiram para um hospital cobçado por influência de um empresário com quem ele havia trabalhado nos primeiros anos. Tudo tão enigmático, tão típico do nosso amigo esquivo.

Aos poucos fomos aprendendo que a sua magreza era consequência da AIDS, quadro que ele carregava na última década e que, devido à teimosia, tratava com descuido.

O seu estado era crítico e uma tempestade de citocinas foi comentada com petulância.

Lá, na rua em frente ao hospital, eles finalmente nos apresentaram ao seu parceiro, um homem charmoso, que escrevia poesia e que havia compartilhado a vida em reclusão com o nosso amigo. Ficamos comovidos ao testemunhar que ele se vestia com a mesma limpeza que o Crespo e que exibia uma inteligência aguçada; Assim entendemos que o seu círculo social era tão precioso que a nossa simplicidade o teria desacreditado. Olhamos um para o outro com certa vergonha, percebendo que havíamos dispensado aquela opulência intelectual ao criarmos os filhos e formarmos lares nas costas de outra realidade.

A sua morte foi tão inesperada quanto devastadora. Nunca imaginamos que ele fosse o mais fraco dos cinco. Como o Iturriarte ainda estava hospitalizado, os outros três foram ao funeral como estranhos, irmãos distantes no tempo e na cultura. Eles cantaram músicas de Queen, George Michael (com lágrimas no meio), Juan Gabriel e Spandau Ballet em meio da alegria e do luto. Fiquei comovido por duas mulheres bastante toscas - uma com dreadlocks, o seu parceiro usando uma cartola - que estavam distribuindo doses de tequila e água doce. Ambos com os olhos inchados de lágrimas, as vozes falhando cada vez que ofereciam as bandejas para a multidão.

Ao fundo havia uma bela foto do Crespo com o seu parceiro, o Juan, beijando diante do Duomo de Florença, as portas de Ghiberti como moldura. Alguém nos contou que haviam se casado na Espanha, antes que os casamentos gays fossem autorizados na América Latina, e que essa imagem mostrava como nenhuma outra a sua felicidade durante a lua de mel.

Naquela noite não consegui dormir. Quando voltei do velório, beijei aos meus filhos, olhei para fora para ver que a Natalia estava dormindo pacificamente e descí para me servir um Laphroaig com refrigerante no meio do quarto escuro.

Pensei muito sobre quem éramos e as nossas origens díspares. Na inutilidade dos valores cristãos que eles nos infundiram, na força do amor e da tristeza. Lembrei-me daquelas tardes em que estudávamos muito para ganhar concursos de matemática ou história, em ensaios intermináveis para aprender poemas muito longos e depois sermos escolhidos para declamar na frente da escola. Chorei silenciosamente e derramei o licor como um bálsamo para curar todas as minhas ausências.

Hoje, diante do meu amigo Fernando (com a idade recuperamos os primeiros nomes), admito que enfrentaremos outras ondas do maldito coronavírus, sem dúvida. No momento, os nossos medos estão aumentando novamente com aquela variante versátil (infecologicamente falando) que surgiu em Botswana ou na África do Sul e já adquiriu o poder da letra grega, Ômicron.

As fronteiras estão fechando-se, mas o vírus encontrará maneiras de tornar a nossa existência mais furtiva.

Talvez, apesar de todos os seus ataques, nos cuidemos como crianças indefesas, aprendamos a usar as máscaras de diferentes modelos como mais uma vestimenta em público, buscaremos encontros ao ar livre e hesitaremos como leprosos em novos territórios.

Sinto, porém, que valorizaremos as nossas afeições com mais cuidado, que tentaremos compensar os problemas e insultos do passado. Que muitos de nós, jogando os nossos preconceitos na lata de lixo, nos aproximaremos daqueles que pensam ou se vestem de maneira diferente, outros credos e outras raças, como corresponde à humildade dos mortais.